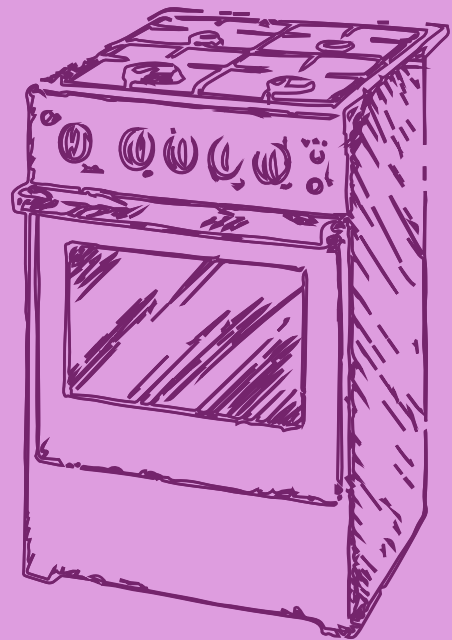
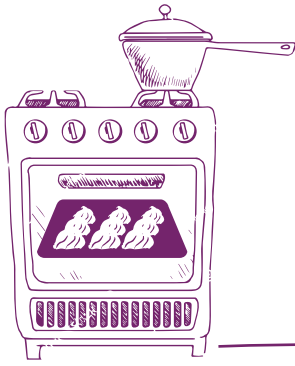


# En el horno

Mónica Pulido Martín







En este cuento, aparecen varios personajes:

- Mónica, la protagonista.
- La madre, que se llama Rosa.
- El padre de Mónica.

No sabemos el nombre de su padre.

- Domingo, el amigo de Mónica.
- A él le llaman Mingos.

- Nati y Antonia, unas amigas de la madre.
- La gata Agüita.
- La cotorra Paquito.
- El nuevo padre de Mónica.

Tampoco sabemos su nombre.

La comida debería estar preparada,  
pero es tarde.

No me he organizado bien  
y la cocina es un desastre.

Mingos, mi mejor amigo, está conmigo.

–No te agobies, mi niña –me dice para calmarme.

Le contesto:

–¿Cómo que no me agobie?

¡Mira el lío que tengo!

¡Solo a mí se me ocurre! –le digo con angustia.

–Es que te complicas demasiado.

¿Prefieres que haga una reserva en un sitio rico  
y nos ahorramos este trabajo? –me pregunta Mingos.

–¡Qué va! Preparar esta cena  
me hace mucha ilusión.  
Yo sigo –le contesto.

–Me parece muy bien.  
Meto el vino en la nevera –me dice.

Mi gata anda cerca.  
Ella se llama Agüita.  
A ella le encanta colarse entre las piernas  
de cualquiera que esté cerca con comida.

Bato las claras de los huevos,  
y parto los tomates y las hojas de **rúcula**.  
También echo aceite sin medir la cantidad  
y un poco de sal.

La **rúcula** es una planta.  
Puedes usar las hojas  
para cocinar  
o en ensaladas.

Me encanta cocinar.

Me relaja inventar nuevos platos.

Cocinar es de las pocas tareas de la casa que me gustan.

También me gusta tender la ropa.

Para mí, es divertido estar entre fogones, que son sitios en las cocinas con fuego para guisar.

Bueno, lo de fogones es una manera de hablar: ya no cocinamos con fuego de verdad.

Ahora, hacemos el sancocho

en cocinas vitrocerámicas, menos peligrosas.

Pongo el horno a **precalentar** a 120 grados.

Antes de meter algo en el horno, hay que calentarlo.

A eso le llamamos **precalentar**.

Se hace para que el horno llegue a la temperatura correcta.

Y mirando al horno,

los recuerdos vienen a mi cabeza.

## Recuerdo 1: En el suelo

Recuerdo a mi madre tumbada en el suelo.  
Yo estaba a su lado, agachada.

Su cuerpo no estaba muerto,  
era un cuerpo vivo que pedía ayuda.  
Miraba a mi madre  
y me parecía una persona extraña.

Parecía estar en blanco y negro,  
como las actrices de las películas antiguas.  
Parecía una sombra de sí misma.  
Ella me pedía ayuda en el silencio de su mirada.  
Era como un grito suave con lágrimas saladas.

Yo estaba a su lado.  
Me veía reflejada en el cristal del horno.  
Era una niña con un camisón  
de flores azules y pequeñas.  
Llevaba mi chupete al cuello.



Mi madre estaba en el suelo,  
con los ojos y con los puños cerrados.

–Ayuda... ve a buscar a la vecina –me dijo.

Pero yo solo tenía 2 años  
y no podía abrir la puerta  
porque no llegaba.

Sentía vergüenza y me miraba los dedos de los pies.  
Quería abrir la puerta,  
pero no sabía hacerlo.  
Mi padre no estaba.  
Pero sabía que si estuviera,  
él no nos ayudaría.  
Lo sabía.



–¿Qué te pasa, mami?

¿Estás malita? –pregunté.

–No, mi niña.

Estoy bien –mintió y se levantó.

Apoyó la espalda en los muebles de la cocina.

–Tengo fatiguita, nada más.

Ya se me pasa, ¿lo ves? –me dijo.

–¿Llamo a Carmen?

La puerta está cerrada –le contesté.

–No, no hace falta, mi niña.

Ya estoy mejor –volvió a mentir.

Era mentira.

Claro que no estaba mejor.

¿Cómo podría estarlo?

La miré a la cara.

El color había vuelto a su cuerpo

y ya se parecía más a mi madre de siempre.

No tenía un ojo morado, tampoco tenía heridas.

Pero mi padre nos había robado

la tranquilidad para siempre.

Fue su primera **traición**.

**La primera gota que colmó el vaso de agua.**

Una **traición** es cuando confiamos en una persona y esta hace lo contrario a lo que esperamos de ella. Entonces, decimos que ha habido una traición.

Cuando decimos que esta es **la gota que colmó el vaso de agua**, estamos diciendo que ha pasado algo que nos ha hecho perder la paciencia y que no queremos que vuelva a pasar.

Gotas de traición y de dolor.

Gotas de vergüenza y de miedo.

Tras esto, ¿cómo volver a la vida normal?

La verdad es que no lo sabía.

Me puse de pie.

Me quité el polvo de la ropa.

Me quité el dolor.

Me puse el chupete en la boca

y seguí adelante.

Aunque antes, me vino muy bien

un **sana, sana, culito de rana,**

**si no se te cura hoy, se te curará mañana.**

**Sana, sana, culito de rana...**

es una expresión que muchos adultos usan para calmar el dolor de niños y niñas.

Sonaba la llave en la cerradura.  
Ahora, tocaba volver a la normalidad.

Había que sobrevivir, quitarse la vergüenza  
y comenzar una **farsa**,  
que es como una obra de teatro  
que se repite una y otra vez.

Una **farsa** es una acción  
que se hace para fingir  
o aparentar algo.

Entonces, volvía lo mismo de siempre a nuestra casa:  
el olor a detergente de la lavadora  
y el olor de mis lápices Alpino,  
con los que dibujaba y coloreaba.

Mi padre volvía a casa  
con algún regalo muy caro e inútil  
para pedir perdón.  
Él no era capaz de expresar  
sus sentimientos con palabras.

Así que nada sanaba,  
todo quedaba roto sin remedio.

## Recuerdo 2: Conversaciones

No es fácil callar durante mucho tiempo.

Por ello, las amigas y las primas de mi madre siempre repetían las mismas conversaciones.

–¿No ves que te está matando? –preguntó Antonia, una amiga de mi madre.

–¡Cállate, no es para tanto!

Él no sabe pedir perdón de otra manera –contestó mi madre.

–Con esas cosas, no vale ningún perdón.

¡Él por su lado y tú por el tuyo! –gritó Nati, otra amiga.

–Tú lo ves todo muy fácil porque no tienes una hija que depende de ti –contestó mi madre.

–¿Se me nota mucho? –preguntó mi madre  
con tristeza,  
tocándose la cara.

–¿Qué debería notarse?  
¿Preferirías tener una costilla rota?  
¿O un labio partido?  
Tienes toda la vida por delante, Rosa.  
Te debes un respeto –dijo Antonia.

–Mira, tú no entiendes cómo son estas cosas.  
No debí haberle provocado.  
Estoy más guapa  
con la boca cerrada –dijo mi madre.  
Con esto, quiso dar por cerrada la conversación.

–Eso que acabas de decir  
es una estupidez muy grande.  
Así es como te quiere: calladita y a sus órdenes,  
sin dar problemas –dijo mi abuela.

## Recuerdo 3: La llave, la puerta y el silencio

Nuestra vida estaba marcada  
por los horarios de trabajo de mi padre.

Cuando era pequeña, tener un trabajo  
y una casa era más fácil para las familias.  
Por ello, podríamos pensar  
que la vida era más fácil que ahora.

Pero en mi casa no era así.  
Mi padre siempre inventaba  
problemas nuevos.

Nunca sabíamos qué le molestaría,  
qué le haría feliz  
o qué le haría estallar de rabia.

Por ello, mi madre y yo  
íbamos como **levitando** por el pasillo.  
No queríamos molestar con el ruido  
de nuestros pasos.

**Levitar** es parecido  
a volar a poca altura,  
moverse sin tocar el suelo.

Yo aprendí a jugar con las manos  
cubiertas de algodón.

Mi madre aprendió a cortar  
la cebolla de la manera exacta  
como a él le gustaba:  
ni trozos muy grandes,  
ni trozos muy pequeños.

Cuando sonaba la llave en la cerradura,  
nuestra tranquilidad se acababa  
y comenzaba la mentira de la familia feliz.



No sé cómo describir mis sentimientos  
en esos momentos:  
era como un brinco en la barriga  
y un escalofrío por todo el cuerpo.

Estudiaba cada detalle  
de lo que hacía o iba a hacer,  
para no molestarle.

Escuchaba el sonido de la llave  
en la cerradura  
y luego el portazo.

El sonido de la llave nos indicaba  
cómo venía mi padre:

si giraba la llave rápido,  
mala cosa.

Si giraba la llave despacio,  
podíamos estar más tranquilas.



Si abría la puerta con violencia o daba un portazo,  
yo ya sabía que tenía que ser cuidadosa  
como una serpiente,  
y silenciosa como una bola de algodón.

Tenía que seguir sus órdenes  
como un perrito a su dueño.

Para mí, comportarme así  
se convirtió en normal.

Debido a los problemas en casa,  
me entrené con disciplina,  
como la del soldado  
que se prepara para la guerra.

## Recuerdo 4: La lectura, la vida, el terror y el miedo

Me regalaban un cuento todas las semanas.  
En realidad, el regalo podía ser un libro con dibujos  
o un tebeo.  
Me daba igual.  
Yo los llamaba cuentos  
y los disfrutaba incluso antes de saber leer.

Leer era mi manera de escapar de la realidad,  
de vivir una vida distinta.  
Leer era el mejor regalo del mundo.  
Leyendo aprendí que, detrás de cada cosa,  
hay miles de personas con opiniones  
y conocimientos diferentes.

Aprendí que, detrás del día a día,  
hay música y magia,  
hay burbujas y melodías.

Iba con mis cuentos a todas partes:  
a la guardería, a la casa de Mingos, al médico.

Recuerdo un día  
en la sala de espera de la Clínica del Pino.

Yo estaba sentada en una silla de plástico,  
cerca de un cenicero lleno de colillas de cigarro.

Llevaba una falda  
de cuadros verdes, rojos y negros,  
un polo de punto blanco,  
unos leotardos y unos zapatos  
de los que se abrochan con tiras.

Movía las piernas  
mientras que leía un cuento del Tío Gilito.

Miraba cada página con atención  
e iba contando una historia sin mucho sentido.

–¡Ay, qué graciosa la niña!

¿Cuántos años tiene?

¡Tan chica y ya sabe leer! –dijo una señora observadora.

Mi madre, que estaba muy orgullosa, contestó:

–Tiene 3 años, pero no sabe leer.

Ella mira las imágenes y se inventa una historia.

Puede ser que recuerde algo del cuento

porque se lo he leído varias veces.

Aprendí a hacerme la adulta.

Pensaba que debía comportarme

como los mayores,

que eran serios y aburridos.

Recuerdo que un fresco día de invierno,

llegamos a El Herreño,

el famoso restaurante

en el barrio de Vegueta.

Me subí a uno de los taburetes de la barra,  
me puse bien mi rebeca de color rosa  
y le dije al camarero:

–Para mí un coñac, por favor.

El camarero, amable y divertido,  
me puso un refresco de naranja  
en una copa grande,  
con forma de balón.

Pasé el resto de la noche observando  
los botones de mi rebeca,  
que eran transparentes como caramelos.

Así era mi vida:  
como no tengo hermanos,  
de pequeña me conformaba con las historias  
del Tío Gilito y la mirada amistosa de los camareros.

Y la vida siguió su paso:

ir al colegio, hablar en inglés,  
enfermar de gripe y de sarampión,  
caerme y curarme las heridas con saliva,  
ser la reina de las mariposas,  
jugar a perseguir dragones  
y a explorar casas encantadas,  
ordeñar cabras y hacer queso fresco,  
patinar, correr con bengalas,  
comprar cajas de cerillas,  
soplar las velas de mi cumpleaños  
y la de los demás también,  
inventarme ser veterinaria.

Pero, sobre todo:

estudiar y sacar buenas notas,  
conseguir un buen trabajo  
para sacarte de aquí, mamá,  
y tener un gatito, si puede ser.

Fantaseé con una vida  
sin miedo y sin angustia,  
sin gritos y sin palabras en voz baja,  
sin traer y llevar recados entre mis padres  
cuando no se hablaban.

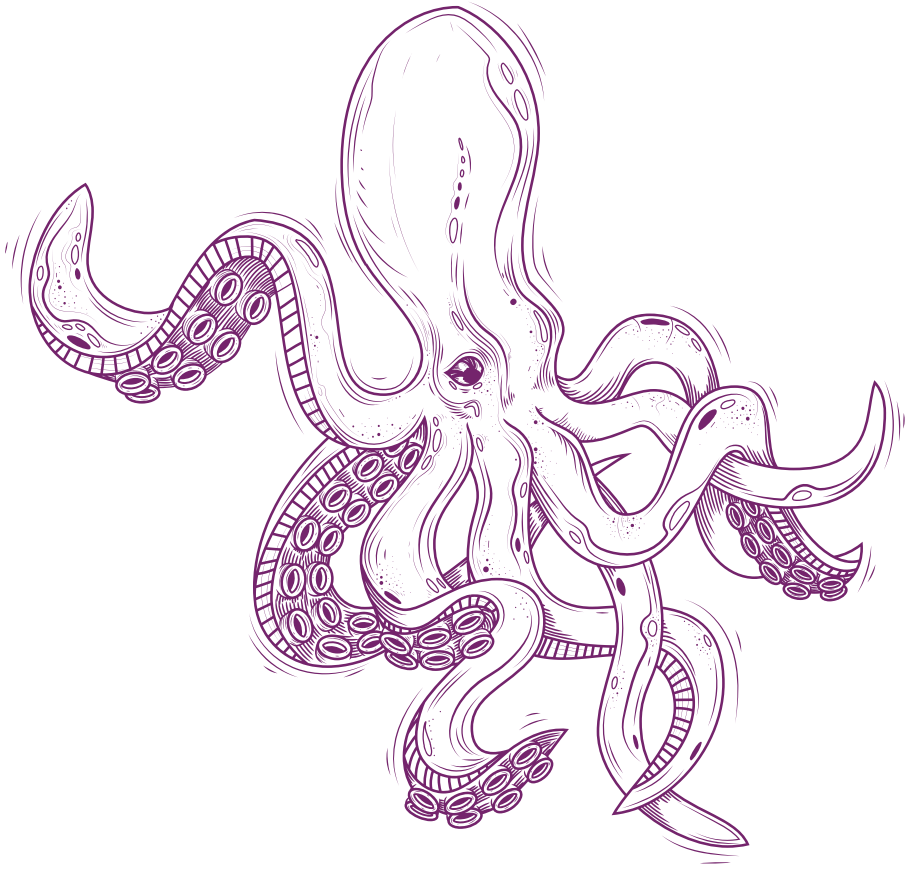
Pasé mucho tiempo así.  
Llegué a pensar que nunca tendría una buena vida.

Hace mucho tiempo,  
entendí el funcionamiento del terror y del miedo.  
Para mí, el miedo es como un **pulpo**  
que extiende sus **tentáculos**, es decir,  
sus brazos, alrededor de la voluntad de las personas.

Con sus largos tentáculos,  
abraza a las personas y las ahoga,  
hasta que **pierden su identidad**  
**y su autonomía.**

**Perder la identidad**  
es olvidar quiénes somos.  
**Perder la autonomía**  
es que cada persona  
no se pueda valer  
por sí misma.





El miedo, como el pulpo,  
no nos deja escapar de sus tentáculos.  
Machaca nuestra ilusión  
y la rompe en miles de pedazos.

Así nos sentíamos mi madre y yo  
cuando mi padre estaba cerca.

# Volvemos al presente: Frente al horno

Mi madre y yo estamos en la cocina.

–A ver, mamá, no salgas así de casa.

Por lo menos, píntate los labios –le digo.

–Hija mía, no estoy de humor.

Voy a comprar aguacates para la ensalada –contesta.

–Ponte esta camisa mía.

Seguro que te queda bien.

¿Te gusta? –le pregunto.

–No lo sé –me responde,

tardando un poco.

Todas las personas somos el resultado  
de lo positivo y de lo negativo,  
de lo duro y de lo amable,  
de la luz y de las sombras,  
de la **ironía** y de las sonrisas.

La **ironía** es una forma  
de hablar o escribir  
que consiste en decir lo contrario  
de lo que una persona quiere decir.  
Suele ocultar burla.

La vida pasa y los ojos cambiaron.  
Los ojos se hicieron más grandes  
y más brillantes,  
más negros y más libres.  
Y, por fin, los ojos pudieron ver  
y pudieron decir que veían.

Recuerdo todo esto  
mientras organizo la cena de esta noche.

Todo está casi listo:  
el vino blanco está en la nevera,  
la ensalada, el pan, los platos  
y los cubiertos están encima de la mesa.  
Falta una copa, pero la pongo al momento.

Suena la llave en la cerradura.  
Mi cotorra, que es macho  
y se llama Paquito, grita como loco.

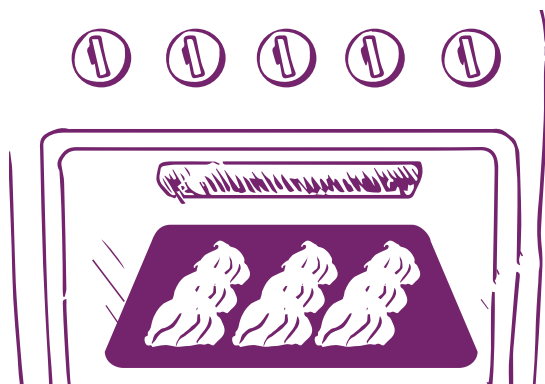
Entra él, al que considero mi nuevo padre.  
Es mi nuevo padre porque siempre está ahí,  
porque nos quiere.

Dice, con cariño:  
—¡Paquito, mi niño, ven!

Saluda con prisa y con una sonrisa.  
Comparte una galleta con Paquito,  
como hace cada día que viene a casa.

Ya solo queda comprobar el postre.

Me dieron una receta de suspiros,  
un postre delicioso con sabor a limón.



Seguí la receta:

**batí** las claras de huevo **a punto de nieve**

con un poco de sal,

**aromaticé** como ponía en la receta,

hice las bolitas retorcidas con la manga pastelera,

les puse azúcar,

las metí en el horno a la temperatura indicada.

**Batir a punto de nieve**

es mover y revolver las claras del huevo hasta conseguir la consistencia, el color y forma de la nieve.

**Aromatizar** es dar aroma, un olor muy agradable.

Pero algo debió salir mal...  
en la cocina soy desordenada,  
así que hacer dulces se me da mal  
porque confundo las cosas:  
la temperatura que hay que poner,  
la paciencia y las ganas de inventar.

Cuando abrí el horno,  
descubrí que los suspiros habían salido mal:  
había unos pegotes negros pegados en la bandeja  
de los que salía un líquido transparente  
que hervía por el calor.

–¡Qué desastre, mi hija! –exclamó mi madre.

Había dicho a todo el mundo  
que tomaríamos un postre especial y delicioso.

En su lugar, tenía esos pegotes negros,  
muy poco apetecibles.

Me senté en el suelo a mirar el desastre,  
muy concentrada.

Mi madre se sentó a mi lado,  
llena de curiosidad.

Nos miramos con dulzura  
y rompimos a reír.

